

Nueve instantáneas egipcias

Rosa Lentini

LA CANCIÓN DEL RÍO Y DE LA ARENA

He visto lo que ha hecho la vanidad de los hombres con la tierra y la roca. Alguien sueña con un pasado muy antiguo. Bajo los grandes artesonados del templo de Karnak, alguien cuenta lo que no le es dado a ninguno: los pasillos de relieves, las cabezas grises colgando en la sombra, el encuentro de las barcas de los dioses en el centro del Nilo un día de fiesta, mientras la tarde dora los parterres.

La canción que nace de la arena que canta el río, del viento que levanta la arena y te entierra, acaba aquí.

Con algunos nombres adivinados la puerta de Egipto se abre.

El sueño que el universo sueña coloca lentamente nuestra silueta sobre estos contornos milenarios, espirales de la sombra.

ISLA ELEFANTINA

Desde las orillas de la isla arbustos con flores blancas beben sobre el Nilo. En los árboles hay puntos blancos en las colmadas copas. Un ruido inesperado cruza el aire. De los sauces y las acacias salen las flores en bandada, y por unos instantes las ramas se desnudan de color. Tu ojo registrará durante años esta ausencia suspendida. Tras un breve vuelo de reconocimiento, las aves regresan a su posición sobre la exacta rama del mismo árbol, ahora tumulto desordenado de vida.

LAS BARCAS DEL NILO

En diminutas barcas, usando los brazos como remos, se acercan niños a las falucas a cantar las canciones de moda que creen que los turistas desean oír. A unos ojos enterrados en una piel aceituna le pedimos una canción egipcia. Los ojos se iluminan mientras surge del delgado pecho del pequeño la tonada más dulce, y toda otra melodía deja de oírse a lo largo del río. Y aunque sorprendido no entiende por qué recibirá una recompensa a cambio de ese placer tan privado, por unos instantes sus ojos son más blancos en su piel cetrina y su sonrisa cruza el amplio Nilo de una orilla a otra.

LA FALUCA

Mientras la faluca se desliza, nuestro guía Mahmut cuenta las hazañas del faraón Ramsés —siempre el gran Ramsés II—; habla de los dioses Ra y Osiris, de sus hijos Set y Horus, y a su lado el joven barquero nos observa. Siglos de acontecimientos aparecen de nuevo bajo el toldo tórrido de esta barca, donde todos somos medidos por las palabras inspiradas, melódicas y pausadas del último descendiente copto del antiguo Egipto.

“Si lo que ya se ha vivido se escribe, se hace historia —dice—, se consigue hacerlo suceder dos veces”.

VALLE DE LAS REINAS

En medio del valle, el templo de la primera faraón, Hatshepsut, el Edén, rescatado de la arena y coronado de montañas, en el oleaje de siglos del cielo. La historia de sus reinos desaparecidos tras diecisiete años como soberana de Egipto, y del rencor que coronó su contrato de vida y escribió otro nombre en el cartucho hasta volver invisible todo rastro de

su mandato. Sin embargo, de blanca sal fue la efigie del sucesor, tan enorme como necesaria para su pueblo, aunque su plan fuera el deseo de superar a su antecesora y el desagravio. Pero el negro lógamo del lago del templo funerario dedicado a Hathor, que no llegó a guarecer la tierra fértil del viento del desierto que con los siglos la secó, apagó la sed bajo la roca con el limo filtrado hasta la piel amiga, curtida y reseca, de Nefrure y Meritre-Hatshepsut, las hijas de la faraón, que como ella, aún esperan ser reconocidas. Sus historias, poco a poco hacia la luz, aflorando, algún lejano día.

ABU SIMBEL

En el interior de la montaña de arena, y tras subir los peldaños de la escalera de metal, se obtiene una visión de la gran cúpula sobre el contorno posterior del templo.

Afuera, agobiado por el calor del mediodía, el corazón empezó a latirme con una nueva y desacompañada fuerza.

Ya en la sombra cuento el bombeo de la sangre y observo la inmensa ingeniería que soporta la montaña y guarda el templo de Ramsés.

Estamos dentro del bosque de cemento que dejó que los muertos regresaran, y caminamos sobre sus hombros, vivimos sobre sus voces en el interior de este tronar mudo.

Una fortaleza de hormigón nos aísla y salvaguarda la piedra caliza y el derrumbe de las rocas. Protege incluso esta vena mía que se dilata y se acerca a la arena de allá abajo, a los tumultos de granos que silencian sobre la boca las palabras que vuelven: “ausencia de rizados de agua”, “sal”, “frescor de sombra”.

Si lo visible sepulta lo invisible, el arte es ese poema, cúpula y centro de otro poema cuyos bordes sostiene.

EL MERCADO DE EL CAIRO

El gran poeta de Alejandría* sobresale en el alto Egipto antiguo. Pero en El Cairo y en el Egipto moderno el gran personaje es —y por la abundancia de su obra y sus diferentes registros ahora nos parece que siempre lo fue—, Naguib Mahfuz.** El autor de *El callejón de los milagros* vive en las calles angostas del mercado de la capital, se contornea en el humo de los narguiles que se fuman en las mesas de los cafés al aire libre, o penetra en las ventanas a medio abrir y habitadas de las casas, pero también pervive en el diferente Akhenatón, cuya figura tanto en la historia real como en las hipótesis que la historia antigua inventa, es la de un semidiós hereje. Mahfuz, que ha escrito sobre el afeminado faraón esposo de Nefertiti, sabe que pequeñas y grandes cosas se confabulan para formar una corriente que desborda a los hombres, pero a la que un hombre solo, un escriba como él, antepone una visión revisora del pasado, herética para la gran mayoría. Y si la corriente del Nilo lleva necesariamente al delta, envolviendo todas las voces en el oleaje que una primera ola arrastra fuera de Egipto, las palabras dichas seguirán su libre viaje en el sueño de las ventanas semicerradas, de los estrechos callejones umbrosos del mercadillo de El Cairo.

LA LLAVE DEL MUNDO

Del antiguo Egipto destaca su geografía egocéntrica. El dibujo del mundo en forma de triángulo con una punta hacia abajo reunía las dos partes del país, la alta y la baja. Una línea en el centro lo dividía en dos. La figura obtenida de esta representación era la llave de la vida, la llave de toda existencia. En términos generales, el norte era rico y el sur bastante más pobre. Las grandes capitales como Memphis, Tebas o Alejandría florecían en la frontera al borde del Nilo o en el delta cerca del mar.

Egipto tendía a las estrellas o se abismaba en la arena. Con una llave de la vida inmensa hecha de plomo do-

*Kavafis.

** Esta prosa fue redactada en vida de Mahfuz.

rado se abren hoy los dos templos de Abu-Simbel o el de Luxor, en la antigua Tebas, con sus columnas, obeliscos, estatuas de dioses y la gran avenida incompleta de tres kilómetros de esfinges que unía antiguamente esta última construcción a la de Karnak.

Al volver al barco después de la visita a Luxor, un grupo de chiquillos que saludaba a los turistas, siguiéndolos por el paseo que desciende hasta llegar al florido puerto, hizo un corro a nuestro alrededor. La niña más pequeña, con una cara hermosa como el rostro del mundo despertando, se pegó a mi falda. De Egipto me llevé el recuerdo de esas mejillas iluminadas, en donde fui a buscar el vuelo increíble de los pompones rojos que florecen en las acacias, y encontré el fruto de la semilla que planté en su sonrisa.

EL POETA DE ALEJANDRÍA

Un poema ocre como un atardecer de playa en la costa del delta bordea el mediterráneo. Poema quemado por el sol del mediodía y por el viento del norte. Poema que huele a yodo y a salina. Un blanco entre versos acerca el dedo a los labios del poeta de Alejandría. Él se tragó las sílabas finales de todas las estrofas. Las lanzó a la hora en que el reflujo de la marea las hunde en lo profundo de la arena, en el fondo de la melodía de las olas. Algún día, estas mismas dunas marinas serán una única presencia sobre el suelo de Egipto. Y entonces, erosionados por el paso del tiempo cuya acción combinada de sal y agua pulió sus cantos, los finales de estrofa volverán a nacer naturalmente. Romos, se encaminarán a su muerte natural, como estos granos de sueño en que apoyamos la cabeza sobre estas playas, estas tempestades rojizas en el sueño. Buenas noches arena, sin un poeta que termine tu canción. ■

Rosa Lentini (España)

Poeta, traductora, crítica y editora. Ha sido incluida en numerosas antologías como: *Ellas tienen la palabra* (1997), *Norte y sur de la poesía iberoamericana* (1997), *Las poetas de la búsqueda* (2002), *Ilimitada voz* (2003), *The other poetry of Barcelona* (2004). Parte de sus poemas han sido traducidos al inglés, italiano, francés y portugués. Actualmente es editora y directora, junto a Ricardo Cano Gaviria, de las Ediciones Igitur de poesía, ensayo y narrativa.